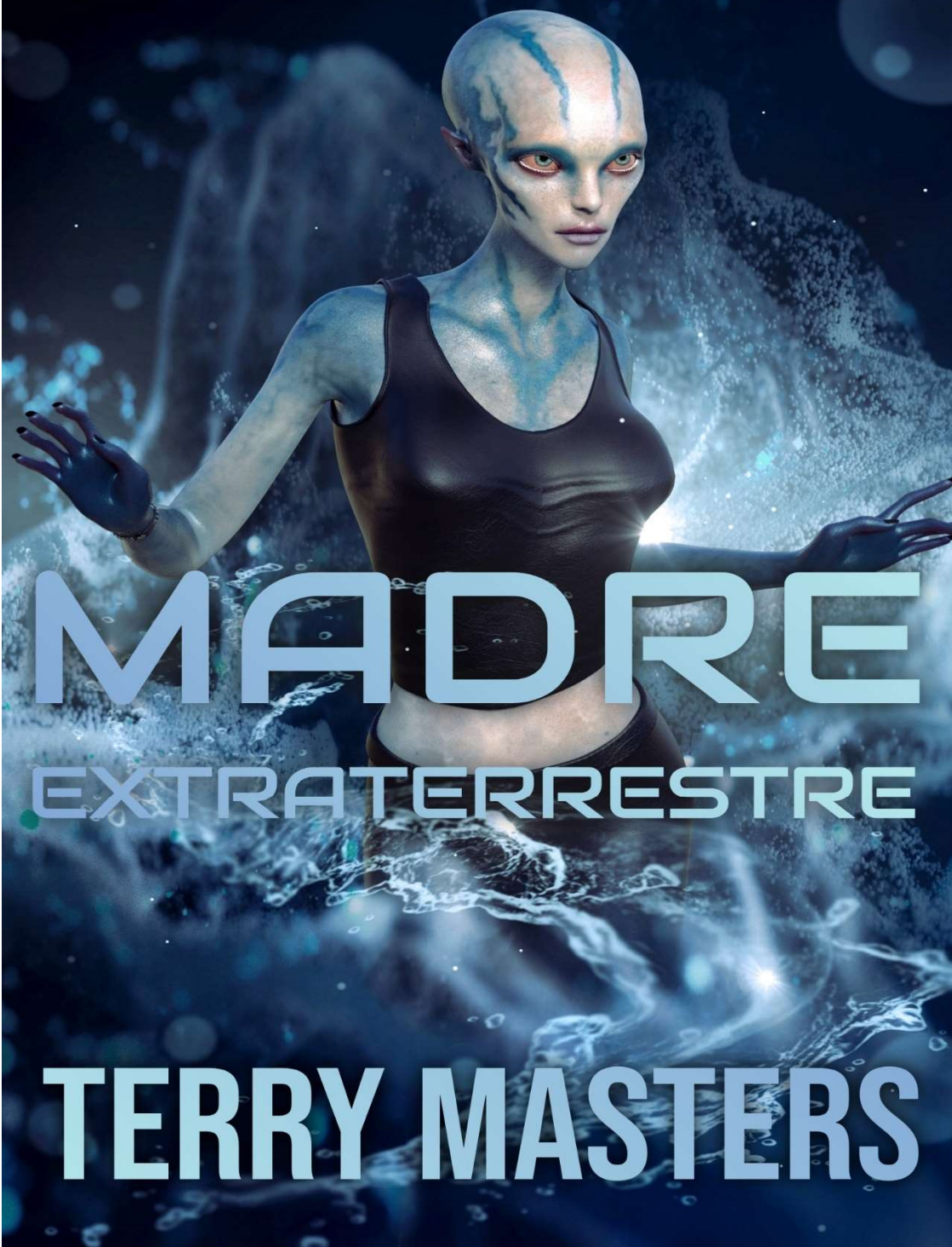


UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB



MADRE

EXTRATERRESTRE

TERRY MASTERS

MADRE

EXTRATERRESTRE



La elegante nave surcó el oscuro cielo del Medio Oeste con un zumbido profundo y monótono. Se detuvo momentáneamente sobre un bosque desierto y luego comenzó su descenso. Una puerta se abrió silenciosamente y dos figuras salieron de la cápsula plateada con forma de bala. A la brillante luz de la luna, se pudo ver que una de las humanoides era claramente femenina; sus pechos y su figura firme y atlética eran claramente visibles bajo un mono ajustado y brillante. El género de la otra no fue inmediatamente discernible, aunque era mucho más grande que el de la mujer.

La mujer metió la mano en una bolsa y sacó un pequeño dispositivo. Presionó varios botones rápidamente y, con un pitido, la puerta de la nave espacial comenzó a cerrarse. Se presionaron otros botones y la nave comenzó a desaparecer. Una vez completada la fase de camuflaje, Xena guardó el control remoto en su bolsa, satisfecha de que su nave estuviera a salvo de cualquier forma de vida indígena curiosa.

Xena y su protector, un robot plasmóforo llamado Targ, habían llegado a la Tierra desde más de una galaxia de distancia. Era una especie de zoóloga, y su campo de estudio eran las formas de vida alienígenas primitivas. Como la mayoría de los científicos en campos similares, Xena estaba insatisfecha con la vida en su planeta natal. Buscaba algo. Un propósito, un diseño en la vida, cualquier

cosa... no sabía exactamente qué. Pero sabía que algún día, en sus viajes interplanetarios, lo encontraría.

Xena se llevó las yemas de los dedos a la sien y se concentró. «Targ, detecto una forma de vida con un alto grado de inteligencia... humanoide, creo, que viene de...», dudó, «¡por allá!». Señaló y luego comenzó a caminar en esa dirección.

Poco después, los extraterrestres se toparon con una pequeña granja. Era vieja, pero estaba bien cuidada.

—¡Un refugio primitivo! —declaró Xena alegremente—. Investiguemos, Targ.

Mientras se dirigían sigilosamente a la casa, notaron que había luz en una de las habitaciones. Se colocaron frente a la ventana de la habitación iluminada y Xena comenzó su trabajo. Se llevó las yemas de los dedos a la sien, cerró los ojos y volvió a concentrarse.

—Targ —susurró—, estoy captando una actividad cerebral comprensible, pero el contenido es ilógico. Accede a la computadora de la nave en la jerga terrestre, creo que en inglés.

Los ojos de ónix del robot brillaron afirmativamente mientras volvía su mirada, por lo demás inexpresiva, hacia un pequeño teclado portátil. «Listo para escribir», dijo con voz hueca y metálica.

“Define lo siguiente...”, empezó. “Pañales, papá, mamá, chupete, mantita y osito de peluche”.

«Qué diálogo tan absurdo», pensó Xena, y entonces empezó a detectar algo más. No eran exactamente palabras, sino una fuerte necesidad emocional. Un anhelo, un deseo triste y abrumador por algo que anhelaba con tanta desesperación, pero que no se había satisfecho. La atención de Xena se desvió cuando su sirviente robot anunció que sus datos estaban listos para ser transmitidos.

El robot tocó la frente de Xena con su dedo índice. Xena cerró los ojos y la punta del dedo de Targ comenzó a brillar. «Transferencia de datos completada», informó.

Xena abrió los ojos y una expresión de confusión nubló su rostro. «Targ», dijo, «parece que hemos localizado a un terrícola muy joven. «Bebé» es el término usado aquí. Sin embargo, algo falla. Los datos indicaban claramente que estas criaturas jóvenes no pueden cuidar de sí mismas y, sin embargo, esta está claramente sola. Generalmente, se encuentra a su madre o padre cerca de ellos».

Detecto claramente una necesidad de cuidados o... 'amor'. ¡Qué criatura tan patética parece esta!

De repente, un fuerte ruido hizo que ambos extraterrestres se pusieran de pie de un salto. Un gran setter irlandés los había descubierto y empezó a ladrar furiosamente.

—Protégete —dijo Targ con su voz hueca y monótona mientras se interponía entre el perro y su ama. Levantó la mano y, con un chillido agudo, un rayo de luz amarilla impactó al perro guardián. El perro se desplomó de repente, incapaz de mantenerse en pie.

—Oye, ¿qué le has hecho a mi perro? —preguntó una voz furiosa. Xena se giró y vio a un terrícola acercándose. Sostenía un arma. El modo de defensa de Targ se activó de nuevo, y el joven se vio repentinamente bañado por una luz amarilla. La escopeta se le cayó de las manos cuando el rayo neurobloqueador recorrió su cuerpo, anulando todo movimiento voluntario. Yacía sobre la hierba suave y húmeda, incapaz de moverse.

Xena se acercó a la figura incapacitada. «Este no es un infante terrestre, Targ, y aun así, usa los pañales y calzoncillos impermeables característicos de tales criaturas. Esto es de lo más inusual».

Entonces volvió la mirada hacia la figura indefensa a sus pies. "¿Por qué un terrícola adulto se comportaría así?", preguntó. "¿Son todos los terrícolas como tú?". Se arrodilló junto a él y le puso suavemente las yemas de los dedos en la frente. "Debo saber estas cosas... David".

David Morton yacía boca arriba, aterrorizado, mientras la extraña mujer le acariciaba el rostro. David era un niño, un adulto que disfrutaba disfrazándose y actuando como un bebé. Vivía solo en su modesta granja, y el joven solitario solía pasar las noches con pañales y biberones. Disfrutaba de una noche tranquila vestido con su ropa de bebé cuando oyó a su perro, Corley, empezar a ladrar. David supo que los ladridos de Corky se debían a desconocidos, así que agarró su escopeta y fue a investigar.

No estaba preparado para la visión que lo recibió. Una mujer de piel pálida, sorprendentemente hermosa, estaba de pie en su patio delantero. Vestía un uniforme ceñido y brillante, y la luz de la luna hacía que sus ojos verdes brillaran de forma extraña. ¡Estaba completamente calva! Paralizado por el miedo, vio cómo un gigante sin rasgos faciales abatió a su querida mascota y luego se giró amenazadoramente hacia él. El rayo de luz lo alcanzó y ya no pudo sostenerse. ¡No podía moverse en absoluto! La mujer alienígena continuó observándolo y tocándolo. David no estaba seguro de si corría peligro, ¡pero esta secuencia de eventos había sido demasiado para él! Los rasgos de la alienígena se volvieron borrosos a medida que la oscuridad lo envolvía. Estaba demasiado débil para luchar contra ella.

David se desmayó.

La consciencia comenzó a regresar lentamente. Al aclararse la vista, se dio cuenta de que lo habían llevado a su habitación y lo habían acostado en su cama. Sintió la presencia de otra persona y allí, sentada a los pies de su cama, estaba la extraña mujer de piel verde pálida.

“¿Cómo te sientes, David?”, preguntó.

“Corky”, comenzó David.

Tu mascota está bien, David. De hecho, se volvió muy amigable cuando se dio cuenta de que no íbamos a hacerte daño.

David se quedó mirando fijamente, sin saber qué hacer a continuación.

Me tomé la libertad de quitarte la ropa interior sucia y ponerte una limpia. "Cámbiate el pañal", creo que es la expresión correcta. ¿Estás cómoda?

David asintió, sí, y continuó mirando.

—¡Oh, David, siento que mi apariencia te inquieta! Somos transmutables. ¿Cómo quieres que me tome?

Xena se llevó las yemas de los dedos a las sienes y cerró los ojos. Empezó a brillar como si una luz intensa se hubiera encendido en su interior. Pronto, todo lo que David pudo ver fue una figura resplandeciente a los pies de su cama. Tuvo que cubrirse los ojos para protegerse del brillo mientras la luz se desvanecía, y a los pies de la cama de David se sentó la personificación de la belleza americana. Su bonito rostro tenía una tez encantadora, acentuada por los más hermosos ojos verdes. Su larga cabellera rubia, atractivamente peinada, enmarcaba su rostro y avergonzaba a cualquier chica de portada. Vestía una favorecedora blusa entallada y ajustados vaqueros de diseño.

“¿Está mejor así?” preguntó ella.

David estuvo a punto de desmayarse otra vez. “¿Es...? Digo, ¿eres real?”

—Claro, David —respondió ella—. Esta es mi nueva forma. ¿Te gustaría tocarla? Se inclinó para que David pudiera acariciarle el pelo. Lo sentía suave y limpio. Olía a flores silvestres.

“David”, comenzó, “¡mi nombre es Xena!”

—Zee-na —repitió David.

Sí. Vengo de un planeta muy lejano. Sé que nunca has oído hablar de él. Estoy aquí como científico. Mi trabajo es estudiar la vida en otros planetas de diferentes sistemas solares. En esta función, me encontré contigo.

Ella continuó: «Mi análisis mental reveló muchas cosas sobre ti, David Morton. Sé que este lugar era la granja de tus padres. Sé que ya no están y que los extrañas mucho. También sé que, en un intento por regresar a una época en la que te amaban y cuidaban, te vistes con pañales y ropa de bebé. Trabajas duro para mantener esta pequeña granja y ganas lo suficiente para llevar una vida modesta, y también dependes de tus juegos infantiles para sobrellevar la realidad de ser granjero en la inestable economía de este país».

David quedó ciertamente impresionado. Ella sí lo sabía todo sobre él.

Sus ojos brillaron: «David, tengo una propuesta para ti. Como dije, soy científica. Tengo muchas preguntas sobre las costumbres de tu gente. Nacemos en este mundo, fuera de una madre, en un laboratorio. No recibimos calor ni afecto en nuestra infancia. Nos crían robots similares a mi sirviente guardián, Targ».

El nuestro es un mundo frío y solitario, David. Cuando te encontré, sentí que anhelabas lo mismo que yo. Necesito saber más sobre amar y cuidar. Quiero aprender cómo se cuida a los bebés de la Tierra.

Muéstrame a David, enséñame. A cambio, te ayudaré a convertirte en el niño que quieres ser.

“¿Ayúdame?”, preguntó David. “¿Cómo?”

“Bueno”, respondió ella, “por ejemplo, usas esos pañales porque te hacen sentir más como un bebé, ¿verdad?”

David se sonrojó y asintió.

“Y los usas para eliminar, pero en realidad no los necesitas”.

“Así es”, dijo David, “¿Y entonces?”

“Entonces”, dijo, “de ahora en adelante, tendrás que usarlos”.

Dicho esto, señaló con el dedo índice al joven asustado, y una chispa azul atravesó la habitación y golpeó a David en el abdomen. De repente, se sintió extraño y sintió un hormigueo en el estómago.

—¿Q-qué me has hecho? —preguntó David con voz temblorosa.

Simplemente he bloqueado todos los nervios que te permiten retener las heces. ¡Ahora tienes incontinencia y necesitas pañales como cualquier otro bebé terrestre!

David no estaba tan seguro de si debía estar agradecido. Sin embargo, le impresionó el poder que poseía y, de repente, olfateó el aire.

“¿Se está cocinando algo?” preguntó David.

—Ah, sí —respondió Xena—. La sonda de tu mente reveló tu plato favorito. Targ está en la cocina preparando uno ahora mismo. —Se giró hacia la puerta del dormitorio—. ¡Targ, ven aquí!

El robot gigante entró en la habitación. Era más impresionante de lo que David recordaba. David le tenía miedo al gigante alienígena y podía sentir cómo su vejiga recién ajustada se vaciaba en sus pañales. Probablemente habría sucedido incluso si Xena no lo hubiera dejado incontinente. ¡Ver cosas como Targ le haría eso a cualquiera!

—Targ —empezó Xena—, ¿está preparada la cena?

“Quince minutos terrestres para completarlo”, respondió el robot.

—David —dijo Xena, percibiendo el miedo del joven hacia su protector—, Targ también es transmorfoide. Esto significa que puede adoptar cualquier forma con la que te sientas más cómodo. Se levantó, se acercó al robot de aspecto siniestro y le puso la mano en la cabeza. Una vez más, sus ojos verdes penetraron en la mente de David. Tras un instante, asintió. —Ah, sí —dijo, y luego desvió la mirada hacia su compañero robot—. ¡Targ, transmuta!

David observó con asombro cómo el robot comenzaba a adoptar rasgos humanos. El rostro, antes sin rasgos distintivos, comenzó a adquirir forma humana. Sus inhumanos ojos en forma de disco se derritieron de repente y adquirieron una apariencia humana. ¡David no podía creer lo que veía! Los cerró, negó con la cabeza y volvió a mirar. ¡La transformación de Targ había sido aún más notable que la primera que David había presenciado esa noche! Allí, junto a Xena, se encontraba una mujer muy inofensiva. Parecía tener unos cuarenta y tantos años, con un aire maternal, pero aun así muy atractiva. Llevaba el pelo recogido con pulcritud en lo alto de la cabeza y su vestimenta conservadora la hacía parecer fuerte, pero aun así hermosa. Su primera impresión fue la de una mujer de origen rural del Medio Oeste.

—Mamá —le dijo Xena al robot—, creo que nuestro pequeño necesita un cambio de pañal.

Targ juntó pañales limpios, bragas de plástico, talco para bebés y loción, y se acercó al joven. Aún recordando cómo era el robot, David se encogió ante su contacto. El robot dijo: «Vamos, vamos, bebé, no tengas miedo. ¡Que mamá cambie ese sucio y húmedo bebé!».

La voz era notablemente humana, y a David le resultó muy fácil relajarse y dejar que la robot-sirviente tomara el control. David

disfrutaba mucho del trato que recibía de la robot. Lo había limpiado, lo había enjabonado y lo había empolvado, y por primera vez desde que era un bebé, saboreó la experiencia de que alguien más le cambiara el pañal.

Una vez que a David le cambiaron el pañal y le pusieron las bragas de plástico, el robot habló: “Vamos, hijos míos, es hora de cenar”.

Todos se sentaron a la mesa en la cocina y cenaron el estofado y el pan casero que Targ había preparado. David quedó impresionado. Era la mejor comida que había probado desde que falleció su madre. Perplejo, preguntó cómo Xena y Targ sabían exactamente cómo complacerlo.

Todos tus recuerdos, fantasías y deseos secretos han sido grabados y almacenados en los bancos de datos transcomunicativos de Targ. Usamos esta información como guion. Tus respuestas emocionales, actitudes, seguridad y, con suerte, algún día, tu amor, quedarán registrados para que pueda estudiarlos y, con el tiempo, experimentarlos yo mismo.

El resto de la velada, Xena respondió a todas las preguntas de David sobre su planeta natal. Él pensaba que ella era como la proverbial rosa que crecía a través de la grieta del pavimento : un ser sensible e intrépido atrapado en un mundo gobernado por la fría lógica. ¿Podría amar a semejante ser? Sentía compasión por ella. El lugar sonaba frío e impersonal. Y si llegaba a amarla, ¿se quedaría con él en la Tierra? Estaba muy confundido. Tenía tantos pensamientos en la cabeza. Estaba decidido a mostrarle a Xena cómo amar y cuidar, y de alguna manera compartir con ella sus abundantes sentimientos y emociones.



David se despertó sobresaltado. Había luz afuera, se había quedado dormido. Una sensación familiar y blanda entre las piernas lo distrajo momentáneamente de las tareas pendientes. Había empapado sus pañales mientras dormía y necesitaba desesperadamente un cambio. Pensó en una extraña y hermosa alienígena llamada Xena. ¿Había soñado con su encuentro? No, recordó de repente. Ella lo había programado para dormir como un bebé de verdad. La recordaba acostada a su lado, acariciándole la frente la noche anterior. Dijo que lo ayudaría a relajarse y a dormir mejor que en años. Era cierto. Un vistazo rápido al reloj de su mesita de noche le indicó que había dormido catorce horas.

David se levantó y caminó hacia la sala. La humedad de sus pañales lo obligaba a caminar con las piernas arqueadas. Le alegró ver a Xena sentada en su sofá viendo la televisión.

—Hola —dijo tímidamente. Sabía lo mal que solía verse a primera hora de la mañana.

“Buenos días, David”, dijo alegremente. “Espero que hayas dormido bien. ¡Ah, ya veo que necesitas que te cambien los pañales! ¿Por qué no vuelves a tu habitación y yo te cuido?”

David regresó a su habitación con Xena siguiéndolo de cerca. David percibió algo diferente en la forma en que lo miraba. Se acostó en su cama y Xena empezó a reunir todo lo necesario para cambiar al bebé.

—¿Qué estabas viendo en la televisión, Xena? —preguntó mientras ella le bajaba las bragas de plástico.

Algo llamado 'Telenovelas Diurnas', David. ¡Debo decir que la televisión es fascinante!

David sonrió y pensó para sí mismo lo gracioso que era que un extraterrestre superinteligente encontrara las telenovelas tan interesantes. Xena le quitó los alfileres al pañal y lo dobló, dejando

al descubierto su habitual erección matutina. Observó fijamente su rígida hombría y luego, desviando la mirada, lo miró a los ojos.

“David”, empezó, “explícame qué es el sexo”.

David no sabía qué decir. Nunca había hecho el amor con una mujer. Se quedó allí tendido, tartamudeando, mientras Xena le cambiaba el pañal. Solo que ya le habían cambiado el pañal, intentó darle una definición clásica del acto sexual.

“Este acto”, preguntó Xena, “¿es satisfactorio y placentero para los participantes masculinos y femeninos?”

“Sí, lo es”, respondió David. “Bueno, creo que sí”.

—Muéstrame —dijo Xena—. Muéstrame cómo hacen el amor los terrícolas, David. —Luego le quitó el pañal y las bragas de plástico para liberar de nuevo su órgano confinado.

Con torpeza, David comenzó a desnudar a su visitante alienígena y se preguntó si tendría los mismos órganos internos y orificios que las mujeres terrestres. Para su alivio, así era. Experimentó con los juegos previos: un mordisco aquí, una caricia allá. Ella pareció excitarse. Con gran inquietud, David la penetró.

Xena respondió con entusiasmo. Sus gemidos de placer y su respiración agitada animaron a David a actuar con desenfreno. Para él, fue una sensación mejor de lo que jamás había imaginado. El final llegó con un apasionado crescendo. Ambos estaban descontrolados en salvajes contracciones.

—Oh, sí —jadeó David—. ¡Increíble! ¡Simplemente increíble!

Xena sonrió, tomó pañales limpios para ponérselo a David y dijo: «David, debo estudiar más a fondo este acto. Me temo que llevará bastante tiempo y mucha experimentación».

Después de que David volviera a cambiarle el pañal, Xena se acurrucó junto a él en la cama y saboreó el reconfortante

agotamiento que siguió a su unión física. Sabía que había encontrado lo que buscaba: alguien que la amara y la necesitara, y alguien a quien ella pudiera amar a cambio. Para ella, David era tan indefenso y estaba tan dispuesto a entregarse por completo. Era tan diferente a los de su planeta natal, tan frío y técnico. ¿Podría alguna vez dejar a su bebé terrestre? Ni siquiera quería pensar en el día en que tendría que regresar a casa. Pronto estuvo demasiado cansada para preocuparse por esas cosas y se durmió, uniéndose a David en una siesta a media mañana.

En las semanas siguientes, David y Xena exploraron todos los aspectos de la vida como "bebés adultos". Xena también se había permitido convertirse en un "bebé".

"Después de todo", razonó, "nunca tuve la oportunidad de que me mimaran y cuidaran cuando era joven".

Targ se encargaba de todas las tareas de la granja, permitiendo a su ama dedicarse libremente a sus estudios sobre el hombre terrestre. Targ incluso utilizó parte de la maquinaria científica de la nave para sintetizar algodón, franela y plástico en diversos colores y fabricó un armario con ropa de bebé grande para cada uno de los bebés, junto con varias docenas de pañales.

¿Acaso el hecho de entregarse a un estilo de vida infantil había hecho que Xena perdiera de vista su misión? Ya ni siquiera consideraba la interacción sexual entre el terrícola y ella como un experimento. Simplemente la disfrutaba y la practicaba tan a menudo como podía. Ya no había conflicto entre el deber y la autocomplacencia. Ella y David eran lo único que importaba.

Ambos se habían vuelto muy dependientes de Targ para alimentarlos, bañarlos y cambiarles los pañales. Y para un plasmoide sofisticado como Targ, ser madre y peón de granja a tiempo completo era relativamente fácil. Se habían convertido en una especie de familia muy feliz.

Un día, mientras Targ barría el porche y observaba a los dos bebés jugar en el césped del jardín delantero, de repente miró al cielo y se detuvo. Los ojos del robot comenzaron a brillar y, de repente, Targ empezó a cambiar. La mujer maternal empezó a crecer y a distorsionarse hasta que Targ recuperó su forma simiesca original, sin rasgos distintivos.

Targ bajó del porche y se acercó a David y Xena, que estaban tumbados bajo el cálido sol. Los dos bebés disfrutaban de un biberón de jugo y se acurrucaban uno junto al otro en el suave césped. Xena había sentido la llegada de Targ, pero al saber que tenía los pañales muy mojados, dedujo que Targ había venido a cambiarla y sospechó que no pasaba nada. No estaba preparada para la sorpresa que recibió al girarse perezosamente hacia su sirviente robot.

—Targ —dijo casi ahogándose con su último trago de jugo—, ¿por qué has evolucionado a tu forma original?

Targ le puso la mano en la cabeza y Xena cerró los ojos involuntariamente. Al abrirlos instantes después, las lágrimas habían brotado de sus ojos y habían empezado a resbalar por su rostro. Miró con tristeza a su amante, que yacía plácidamente a su lado, ajeno a su dolor. Con tristeza, se mordió el labio inferior y tocó la nuca de David con un dedo resplandeciente. Él se sumió de inmediato en un sueño profundo.

Cuando David despertó, estaba en su cama. Presintió que era de noche y que algo andaba mal... muy mal. Miró a los pies de la cama, y allí estaba Xena. Sintió un nudo en la garganta. Llevaba su traje ceñido y brillante. Había recuperado el pelo y su piel había recuperado su palidez verde hielo original. Al empezar a hablar, las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos enrojecidos.

—David... —logró decir, ahogando un sollozo—. Eh, me han ordenado regresar a casa. Cuando llegué a la Tierra, les dije dónde

estaba y que me había encontrado con un terrícola. Ahora exigen que regrese y comparta todo lo que he aprendido sobre este planeta y su gente.

—¡No! —exclamó David, con el labio inferior temblando—. ¡No puedes dejarme ahora! ¡No después de todo lo que hemos hecho juntos y todo lo que hemos significado el uno para el otro!

"Debo, mi amor", se encontró. "Si no regreso sola, vendrán a por mí. Y si vienen aquí a buscarme", tragó saliva. "Seré eliminada".

—No, no, no —dijo David con voz entrecortada al pensar en la ejecución de su amante.

—Duerme, amor mío —dijo Xena con tristeza—, y cuando despiertes, todo habrá sido un sueño.

En vano, David intentó protestar, pues quería despedirse como es debido. Pero no pudo resistir el poder de la alienígena. Se quedó dormido, y Xena permaneció allí, con lágrimas corriendo por su rostro.

—Vamos, Targ —ordenó entre sollozos—, preparemos la nave para el despegue.

David se despertó sobresaltado. "¡Xena!", gritó, y entonces, con tristeza, se dio cuenta de que realmente se había ido. Solo quedaba la ropa de bebé que Targ le había hecho. Aturdido, se levantó de la cama y empezó a deambular por la casa. Qué terrible y solitaria sensación reinaba en cada habitación. Todo lo que veía le recordaba a la mujer a la que había entregado su amor y su corazón.

David tuvo que salir de casa un rato. Sentía que las paredes se le cerraban encima. Agarró la correa de Corky y se preparó para llevarlo a dar un largo paseo. Horas después, cuando David regresó, no se sentía mucho mejor. Sabía que los días que le esperaban sin su amada Xena y su cuidador robot serían difíciles, pero estaba decidido a seguir adelante.

«Qué curioso», pensó, «no recuerdo haberme dejado las medias puestas dentro». Al acercarse a la puerta, juró que oía voces. Olfateó el aire. ¿Sería el aroma del guiso casero de su madre?

David irrumpió por la puerta principal y allí, esperándolo, estaba una adorable rubia de profundos ojos verdes. Llevaba un bonito vestido corto de bebé, con los pañales y las braguitas de plástico a la vista bajo el bajo. Al correr a abrazarla, no pudo evitar fijarse en una mujer con aspecto maternal que trabajaba diligentemente en la estufa. Se abrazaron y besaron, y ambos rompieron a llorar de alegría.

"Has vuelto", dijo sin aliento mientras la abrazaba.

"No podía dejarte, mi querida niña", dijo alegremente. De repente, David la apartó. "¿No vendrán por ti?"

—No, mi amor, nunca sabrán que he vuelto a la Tierra. Targ y yo sacamos todo el equipo útil de la nave y la enviamos de vuelta a casa en modo automático. Entre nuestras galaxias, se autodestruirá. Mi gente habrá estado rastreando mi nave espacial, la verán explotar y nos darán por perdidos a Targ y a mí.

"Ya no podré abandonar este planeta, David".

David la abrazó fuerte y le susurró: "Nunca más te dejaré dejarme".

—¡La cena está lista, niños! —dijo una voz familiar desde la cocina—. ¡Ahora, quiero que se laven las manos y vengan a sentarse!

De la mano, los dos bebés, con los pañales abultados, se dirigieron a la cocina, donde MADRE ALIEN los esperaba para darles la cena. Sabían que estarían juntos el resto de sus vidas, ¡y que nunca crecerían!

-El fin-

*Si te gustó este libro, consulta nuestro catálogo completo en
www.abdiscovery.com.au*